

San Ignacio 2011, Azpetia

Querido D. Kepa Susperregi, párroco de Azpetia, y queridos sacerdotes concelebrantes; querido superior del Santuario de Loyola y jesuitas aquí presentes; queridos azpeitiarras y devotos de San Ignacio; queridas autoridades:

Celebrar la fiesta de San Ignacio en su pueblo natal, y ante la pila bautismal en la que fue bautizado, tiene unos matices y unos ecos muy especiales... En primer lugar, debiéramos comenzar reconociendo que los santos no nacen, sino que se hacen. Cuando la Iglesia canonizó a Ignacio proponiéndolo ante la Iglesia Universal como modelo de imitación para todos nosotros, es obvio que no lo hizo pensando en el pequeño Íñigo que nació y pasó los primeros años de su vida en Azpetia. No, aquel niño de la Casa Torre de Loyola todavía no era santo, le faltaba mucho camino por recorrer, a lo largo del cual Dios completaría la tarea de purificación de su corazón... Es decir, cuando la Iglesia proclama “santo” a uno de sus hijos, lo hace examinando la etapa cumbre de su vida, y no tanto sus primeros pasos... Ciertamente, no sería modelo de imitación para nosotros alguien que en los primeros años de su vida hubiese alcanzado un nivel muy alto de virtud y perfección, y que posteriormente, llegada la madurez, se hubiera apartado del camino de Dios. Sin embargo, son muchos los santos que después de haber vivido más o menos alejados de la voluntad de Dios, durante una etapa de su vida, llegaron finalmente a encaminarse con decisión por la senda de la santidad, en la madurez.

Ahora bien, lo anteriormente expuesto, no quiere decir que las circunstancias en las que Íñigo de Loyola nació y vivió su infancia y adolescencia, no tuviesen incidencia e importancia en su camino de santidad. Cuando uno se acerca a la vida de los santos, comprueba cómo fueron moldeados por la Providencia de Dios, desde los comienzos. Recurriendo al refranero castellano, podríamos decir que “Dios no da puntada sin hilo”, de modo que no es difícil reconocer cómo a cada uno de nosotros, nos ha preparado para la santidad ya durante nuestra infancia, adolescencia y juventud.

Como recordaréis, recientemente celebrábamos la beatificación de Juan Pablo II. Es obvio que la Iglesia no ha elevado a los altares a Karol Wojtyla, movida por el recuerdo de su juventud en Polonia, sino más bien por el eco que alcanzaron sus últimos años como Papa. Pero al aproximarnos a su historia personal, fácilmente reconocemos que Dios estaba labrando la talla de un futuro santo desde los primeros pasos de su vida.

Por ejemplo, impresiona comprobar las durísimas circunstancias en las que Karol Wojtyla vivió su infancia y su juventud. Él tenía nueve años cuando falleció su madre, y a penas era un adolescente cuando murió su único hermano. Su padre fallece durante la ocupación alemana, cuando Karol tenía veintiún años. Su etapa de seminarista la vive en la clandestinidad, participando de la resistencia cultural frente a la ocupación nazi. Tras la derrota alemana, viene la ocupación soviética, continuando así la persecución contra la Iglesia Católica. El joven Karol se ordena sacerdote sin que a su Primera Misa asistiese ningún familiar. Estaba solo en el mundo, únicamente un puñado de amigos le acompañaban. ¡No es difícil suponer la influencia tan decisiva que todas estas circunstancias llegarían a tener en él a la hora de forjar un alma tan recia y fuerte, como la de Juan Pablo II! El modelo de santidad que Dios ha pensado para cada uno, se va moldeando a fuego en la forja de la vida...

Algo parecido podemos decir de Íñigo de Loyola. Nuestro Santo Patrono nació en un tiempo, lugar y circunstancias, que labraron su alma. Íñigo fue un niño un tanto aislado, por el espacio físico en el que nace (la Casa Torre de Loyola), así como por la distancia que impone el linaje...

En aquel momento, la Casa Torre resultaba mucho más aislada de lo que hoy la percibimos... Disponemos de una descripción de 1551, en la que se nos cuenta que la Casa Torre estaba rodeada de un bosque frondoso: "*Toda cercada de una floresta y árboles de muchas maneras de frutas, tan espesos, que casi no se ve la casa hasta que están a la puerta*". Sin duda alguna, también tuvo que condicionarle a aquel niño el ser hijo de una familia noble, así como el hecho de ser el pequeño de trece hermanos. Íñigo había nacido veinticuatro años después del matrimonio de sus padres, y todo parece dar a entender que perdió a su madre a los pocos años de vida. Tal vez no llegó a conocerla, o fue para él alguien sin rostro, porque es un hecho, que no nos consta mención alguna sobre su madre por parte de San Ignacio. Cuando Íñigo tiene dieciséis años muere su padre, y antes habían muerto dos de sus hermanos mayores en Nápoles, en la conocida Guerra del Gran Capitán. Este hecho, unido a la historia guerrera de su abuelo, llenaría su alma de ideales, según la costumbre hidalga de su tiempo (baste recordar la novela del *Amadís de Gaula*).

Llegaría un día en que su hermano mayor, Martín, intentaría convencerle para que no se marchase como un trotamundos, abandonando la Casa Torre, sin conocer el destino al que se dirigía... Pero Ignacio había forjado su alma de forma que el amor a sus raíces no había derivado en apego, sino que había labrado un corazón recio, libre e idealista.

Íñigo estuvo privado en su infancia de los cuidados maternos, lo cual tal vez nos lleva a explicar su gran devoción a la Virgen María, y el episodio tan especial que aconteció en la Casa Torre, cuando estaba convaleciente de la batalla de la defensa de Pamplona. La Virgen María, madre siempre, vino a su encuentro, purificó su corazón y recondujo los sueños de Íñigo sobre alguna dama de la alta alcurnia de su tiempo, hacia la realidad de la incomparable belleza de la Madre del Cielo.

En este Valle de Urola Erdia, una mujer, de nombre María Garín, le había amamantado como nodriza. La relación de Íñigo con aquella mujer, que habitaría en un caserío vecino, sería muy intensa, y le ayudaría a compaginar su condición de noble con la cercanía de trato con los habitantes del valle. Más tarde, muerto ya Ignacio, los primeros jesuitas pudieron fechar con exactitud su nacimiento, gracias al testimonio de aquella mujer, María Garín, nodriza del pequeño de los trece hermanos de la Casa Torre de Loyola. Para ella sería todo un honor haber dado el pecho y acompañado los primeros pasos de Íñigo, quien daría tanta gloria a Dios en su vida y después de su muerte.

La cuñada de Íñigo, Doña Magdalena de Araoz, esposa de quien ostentaba el mayorazgo, fue también un instrumento de Dios para cuidar el cuerpo y el alma del pequeño de los Loyola. Era una mujer piadosa, que no tenía en su biblioteca libros mundanos, que pudiesen acompañar a Íñigo, sino solamente vidas de santos y obras literarias piadosas. Una vez más, Dios cuida y prepara el camino personal de cada uno, a

través de tantas mediaciones humanas, en las que tenemos que saber descubrir su mano providente...

Queridos azpeitiarras, no olvidéis que Íñigo acudía cada domingo junto con su familia, desde la Casa Torre de Loyola hasta esta Iglesia de Azpeitia, para asistir a la Santa Misa. Era un acontecimiento que centraba el día del Señor y reunía a toda la familia. Nos podemos imaginar al señor de Loyola acompañado de su numerosa prole camino de Azpeitia. La familia poseía en Azpeitia una “Jantzi-Etxe” para acicalarse antes de asistir a la Iglesia, haciendo valer su patronazgo. Llegaría un día en que Ignacio se despojaría de sus vestiduras de caballero, y las intercambiaría con las de un mendigo en Montserrat. Pero todo a su debido tiempo... ¡Todavía no había llegado su hora!

Y ahora, queridos hermanos, nos toca pasar de la historia de Ignacio a nuestra historia personal. No podemos olvidar que cualquiera de nosotros somos santos en potencia, y más aún, que si no llegamos a la santidad que Dios espera de nosotros, podemos considerar nuestra vida fracasada. La búsqueda de la santidad no es un “extra” para un cristiano; nos lo pide a todos el mismo Cristo en la Sagrada Escritura: “*Sed Santos como vuestro Padre Celestial es santo*” (Mt 5, 48). Hemos nacido para la santidad, y cualquier otra meta en nuestra vida que no se integre en la santidad, sería un gran error de planteamiento.

Quizás también a nosotros nos corresponde en un día como el de hoy, hacer memoria de las circunstancias en las que Dios nos ha ido conduciendo, desde nuestros primeros pasos, para descubrir cómo su mano providente nos guía hacia la santidad. Este año os sugiero el siguiente propósito en el día de nuestro Santo Patrono: hacer una relectura de nuestra vida, desde la infancia hasta el momento presente, descubriendo el hilo conductor del amor de Dios, que quiere conducirnos a la meta. ¡No rompamos ese hilo, sigámoslo fielmente!

“*Él nos ha elegido para que seamos santos e irreprochables ante él, por el amor*” (Ef 1, 4) ¡Feliz día de San Ignacio para todos!

+ José Ignacio Munilla Aguirre
Obispo de San Sebastián